INFORMES GENERALES

I

UNA ESTACIÓN PREHISTÓRICA EN YECLA DE YELTES

Al sur de la pequeña villa de Yecla de Yeltes, en la provincia de Salamanca, y á distancia de dos kilómetros escasos, se encuentra un recinto, fortificado con una muralla primitiva que contornea una elevación natural del terreno, al que la gente del país conoce con el nombre de *El Lugar Viejo*.

El notable arqueólogo Sr. Gómez Moreno, en un artículo que publicó en el BOLETÍN DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA (tomo XLV, año 1904), en el que hace un estudio de conjunto de la arqueología primitiva de la región del Duero, cita este recinto fortificado, acompañando un croquis de su planta y una fotografía de la muralla.

No tenemos noticia de que posteriormente haya sido objeto de estudio, y habiendo tenido ocasión de explorarlo con algún detenimiento, y podido recoger algunas de sus antigüedades, que no dejan de tener interés, nos hemos decidido á redactar el presente trabajo, para que, recogido y seleccionado de nuevo, pueda ser un nuevo dato en la solución de los problemas que hoy plantea la prehistoria de nuestra patria.

Si aportamos este dato, por muy insignificante que sea, no habremos perdido el tiempo.

LA MURALLA.—La estación prehistórica que vamos á estudiar está situada en las inmediaciones del río Huebra; corre por la parte este su afluente el arroyo *Varlaña*, cuya ladera, muy escar-

pada, constituye ya una poderosa defensa natural; el escarpe se prolonga, aunque con acentuación menos marcada, por norte y sur, siendo la parte más accesible la occidental. La defensa artificial está constituída por una muralla de mampostería en seco, que bordea la parte superior del escarpe, siguiendo aproximadamente una curva de nivel del terreno, cerrando la meseta, que es plana y casi horizontal, quedando así cercada una superficie de tres hectáreas y media. Esta muralla está muy bien conservada en la mayor parte de su longitud, pero sólo hasta cierta altura, variable de unos puntos á otros, pues la coronación ha des-

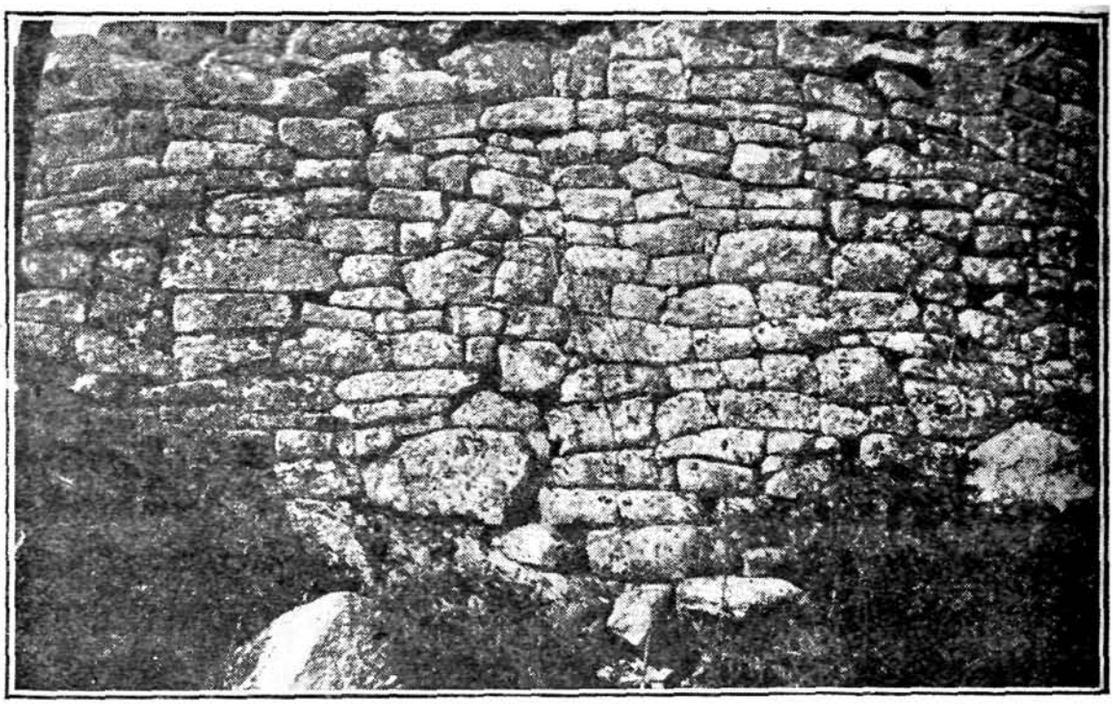

Fig. 1.ª

aparecido completamente; su perfil mide en la base un espesor de cinco metros próximamente, y el paramento exterior, único que puede apreciarse con detalle, por estar el interior tapado con tierras, presenta un talud del 30 por 100; los mampuestos, de piedra granítica y de 50 á 60 centímetros por término medio de soga, están bastante bien careados; pero no creemos hayan sido preparados con gran esmero, pues las canteras, abundantes en la región, los dan así directamente. El aparejo y aspecto exterior de la construcción se aprecian bien, sin necesidad de más explicación, en la fotografía que la reproduce (fig. 1.ª).

Dos entradas dan acceso al recinto, y hay otra puerta pequeña, abierta directamente en la muralla, que da á la ladera escarpada del arroyo.

Respecto al nombre antiguo de la población que aquí tuviera asiento, no hay más indicio que una inscripción latina, por desgracia incompleta, hoy propiedad de los Sres. Cáceres, que estuvo en algún tiempo á la puerta de la ermita de la Virgen del Castillo, única construcción que se halla en pie dentro del recinto. La leyenda de esta inscripción es como sigue:

VS AVGVSTALIS
ROBRIGENSES
POLIBEDENSES

A buen seguro es un límite de términos entre los *mirobrigenses* y los *polibedenses;* Miróbriga es Ciudad Rodrigo actualmente. ¿Serían los polibedenses los habitantes del Lugar Viejo de Yecla en tiempos de la conquista romana? Por el momento nada puede asegurarse.

Por la ligera descripción que hemos hecho de la muralla fácilmente se comprende estamos en presencia de una fortificación análoga á los castillos y citáneas, más similar de éstas que de aquéllos, y, como siempre, la primera dificultad que sale al paso es su clasificación cronológica; á falta de datos históricos, la arqueología tampoco los suministra muy completos, pues, como se sabe, se encuentran en ellos objetos de muy distintas épocas; así sucede en nuestro caso, como veremos más adelante. Es opinión muy generalizada entre los arqueólogos modernos que este género de construcciones alcanza una remota antigüedad, que llega, si no á los tiempos neolíticos, por lo menos á los primeros períodos de la edad del bronce. Corroboran esta opinión algunas consideraciones que vamos á exponer.

La fortificación que nos ocupa pertenece á un sistema regional defensivo, situado á lo largo de los ríos Huebra, Yeltes y Ca-

maces, afluentes del Duero, algunos de cuyos elementos menciona el Sr. Gómez Moreno en el artículo antes citado, pero no lo hace de uno muy característico, situado á ocho kilómetros del de Yecla, poco después de la confluencia del Huebra y del Yeltes, y que no se puede negar son congéneres por la semejanza en el aparejo y perfil de la muralla. Nos referimos al Picón de la Mora, recinto de pequeñas dimensiones, forma semielíptica, cuyos extremos se apoyan en dos crestones de rocas que dejan un espacio sin cerrar del lado más abrigado, naturalmente, por la ladera escarpada del río. El tipo de este género de construcciones lo encontramos en el Mediodía de Francia (Alpes Marítimos) (1), región que, según reconocen todos los autores, fué habitada primitivamente por el pueblo Ligur; bien es verdad que los cantos de estos muros son algo mayores y el aspecto de los paramentos es distinto, pero estas diferencias son debidas á la naturaleza de los materiales, variable de unas regiones á otras. Los principios de estrategia, en cambio, que dominaron en la construcción son los mismos.

Ahora bien: Déchelette clasifica, aunque con ciertas reservas, como de la edad del bronce estos recintos de Francia; luego si admitimos nuestra hipótesis, hay que suponer los españoles de la misma época, con la diferencia de cronología, en más ó menos, según el sentido de la difusión, y aun esta diferencia pudo anularse si ambos proceden de un prototipo común oriental. A esto último parece inclinarse el Sr. Gómez Moreno respecto á los de la región del Duero, al decir que «recuerdan por su estructura las obras ciclópeas».

Otra circunstancia digna de tenerse en cuenta es el desarrollo dolménico de la comarca, cuyo completo estudio está por hacer, faltando, por lo tanto, un dato importantísimo para el conocimiento de la prehistoria local. Los dólmenes que hemos visto son todos del tipo de cámara circular con galería, análogos á los de la provincia de Badajoz, que con tanta competencia ha estu-

(1) DÉCHELETTE: *Manuel d'Archeologie*, tomo II.

diado el Sr. Mélida (1); estos dólmenes revelan detalles de construcción, como son lo perfecto de las juntas, la tendencia á la forma de cúpula en el alzado, la regularidad en la planta, que demuestran un arte avanzado y una civilización en pleno desarrollo, muy lejos ya del arcaísmo y tampoco cercana de la decadencia.

Particularidades de la misma índole se aprecian en la fábrica de los muros de los recintos, cuya mampostería en seco podría aun hoy ponerse por modelo. Esta comparación nos lleva á la consecuencia de que no sería muy desatinado pensar fué un mismo pueblo el que, al culminar la edad de piedra y comenzar la de los metales, ó sea en el período primero de la del bronce (2), construyó los dólmenes y las murallas del Lugar Viejo de Yecla.

Si llevamos la comparación anterior á la comarca meridional francesa, el resultado es más desconcertante, pues si bien los dólmenes de esta región son de época avanzada, por haber suministrado instrumentos metálicos, en cambio su construcción es del tipo arcaico y al parecer primitivo. Pero esto no quita valor á nuestro argumento, y no quiere decir otra cosa que, sea por la influencia oriental, ó bien por desarrollo natural, como pretende la nueva teoría occidentalista, el tipo dolménico se perfeccionó en la Península ibérica lo mismo que en la costa occidental francesa.

Los caballitos protohistóricos de Yecla.—Si realizamos una pequeña excursión por los alrededores del recinto fortificado antes descrito, nos encontramos en seguida sorprendidos por los nombres con que distingue la gente del campo algunos de los accidentes del terreno, precursores casi siempre de hallazgos afortunados para el explorador de antigüedades; la *fuente del Moro*, al sudeste, no nos ofrece nada de particular al exterior; pero si continuamos por un sendero en dirección sur, siguiendo la ladera derecha del arroyo Varlaña, conocida por la *Diabla*, dare-

(1) Mélida: *Dólmenes de la provincia de Badajoz*.
(2) Admitimos la clasificación cronológica de Déchelette.

mos, después de andar un centenar de metros, con la *peña de los siete Infantes de Lara*, donde observaremos un sencillo al par que notable grabado rupestre. Esta roca, granítica como todas las de la comarca, sobresale un metro próximamente sobre el suelo, y presenta, orientada al poniente (circunstancia muy significativa), una cara plana, cuyo contorno irregular mide cuatro metros de longitud por dos de anchurra máxima, donde está grabada una tropa de caballos formando una composición que

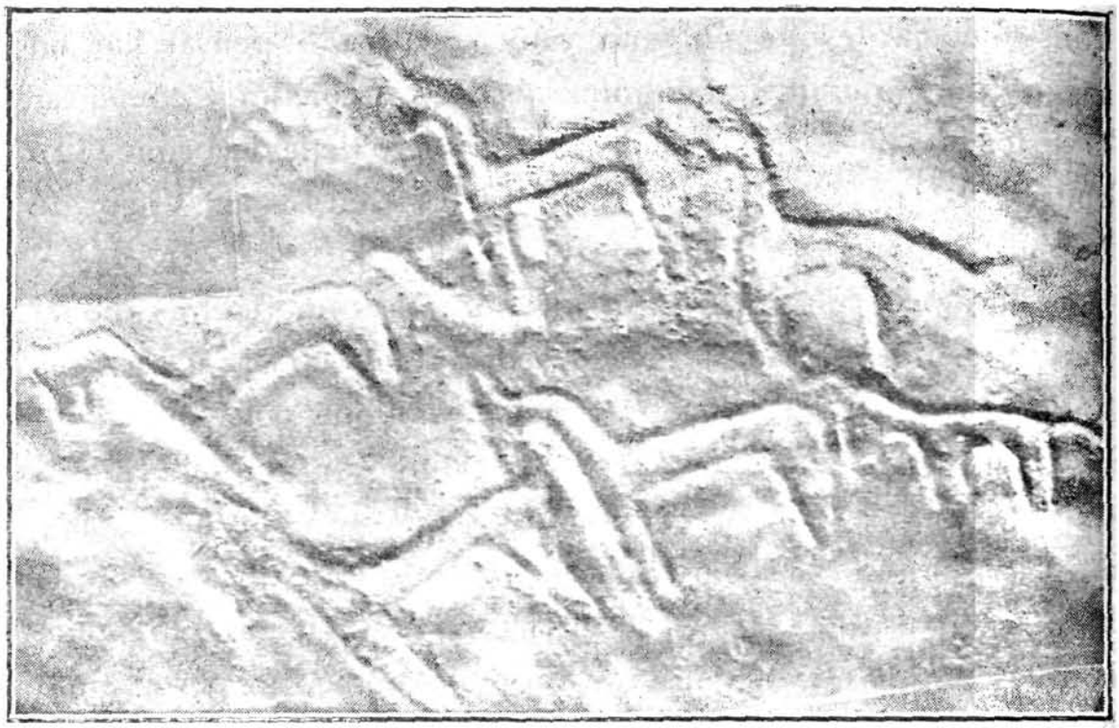

Fig. 2.ª

ocupa 0,90 metros de largo por 0,60 metros de ancho. En la figura 2.ª damos una fotografía de un calco del conjunto de esta composición, en la que se aprecian los caballitos mucho mejor que en el original, por haber procurado que las sombras acusen bien los contornos.

Conviene advertir que una cruz y un letrero que aparecen también grabados en la peña, y como es consiguiente ha reproducido la fotografía, no tiene nada que ver con lo prehistórico; además, la última figura de la derecha, en la que parece haber querido representar un animal de especie distinta a los del resto del grupo, aparece mutilada, habiendo sido repicado su con-

torno en época reciente. También haremos observar que sólo son vistas las figuras grabadas, en discordancia con la disparatada leyenda popular que cuenta estar enterrados debajo de la peña los *siete Infantes de Lara*.

Examinando con un poco de atención estas figuras se observa el arcaísmo de su estilo, que no se parece en nada ni al arte rupestre de los tiempos paleolíticos (1), ni al de las representaciones del neolítico, donde la estilización alcanza su límite máximo; se nos presenta, á nuestro entender, un tipo nuevo que tiene su desarrollo progresivo en las numerosas representaciones del caballo en el arte ibérico; en efecto, no puede negarse su parentesco con el de las fíbulas hispánicas, de la espada de Almedinilla y de la cerámica pintada de Numancia; son siempre los mismos caballos con cuello de cisne, tipo que evoluciona desde el infantil y simbólico que estamos estudiando hasta convertirse en un motivo puramente ornamental.

El carácter simbólico de estos caballitos no es muy difícil de demostrar. Sabida es la asociación del caballo, como animal sagrado, al culto solar desde la edad del bronce, y que este hecho tiene algún precedente neolítico como lo demuestran los cráneos de esta especie de animales encontrados en el túmulo de Mané-Lud, noroeste de Francia (2); si á esto añadimos las numerosas representaciones solares que aparecen en objetos que nos ha suministrado la estación prehistórica de Yecla, y que más adelante haremos notar, fácilmente se comprende que la peña de los Infantes de Lara fué un altar dedicado al astro divinizado.

Lo que no aparece tan fácil es precisar la época á que pertenece el monumento. Para intentarlo es preciso fijarse primeramente en que la impresión de las líneas es muy poco profunda y da el aspecto de haber sido hechas con un instrumento poco

---

(1) Para comprobar este aserto puede verse el interesante y reciente folleto *Los Caballos del cuaternario superior, según el arte paleolítico*, donde su autor, el sabio geólogo y paleontólogo Sr. Hernández-Pacheco, hace un bien documentado estudio de las primitivas representaciones rupestres de estos animales.

(2) DÉCHELETTE: *Manuel*, tomo II.

afilado. Las representaciones rupestres más semejantes á la de nuestro caso, de las que conocemos, son las de Liguria: presentan la misma técnica y el mismo arte realista arcaico; pertenecen como es sabido al primer período de la edad del bronce. Los grabados de nuestra Península de esa misma época nos ofrecen todavía tipos muy estilizados, según deducen los Sres. Cabré y Hernández-Pacheco del estudio de las composiciones grabadas en la Peña Tu. Por esta razón creemos que los caballitos de Yecla, algo más modernos, deben colocarse en los primeros períodos de la edad del bronce, después de pasada la del cobre, ó sea al fin del I ó en el II de la cronología de Déchelette.

Objetos encontrados dentro del recinto.—Pasemos á analizar los objetos encontrados en el interior del recinto fortificado. No veremos nada nuevo, sino una repetición de los suministrados por otras ciudades ibéricas. Seguiremos un orden cronológico en la enumeración, aunque salvando por adelantado la absoluta seguridad de la clasificación; pues en yacimientos como éste, donde se encuentran mezcladas varias civilizaciones, continuaron con frecuencia en uso objetos primitivos al lado de los nuevos más perfectos que iban apareciendo.

En la capa de terreno laborable, y aun por debajo, hasta una profundidad de cerca de un metro, se han encontrado algunas monedas romanas, piedras de construcción, ladrillos y una moneda de Alfonso IX de León. Los objetos ibéricos aparecen en una zona inferior, que llega hasta la roca y mezclados con una gran cantidad de ceniza. Esta superposición y la circunstancia de aparecer la mayor parte de los hallazgos con señales evidentes de haber sufrido la acción del fuego, hace recordar las excavaciones de Numancia y no tendría nada de extraño que, como allí, la primitiva población ibérica fuera destruída y edificada otra sobre las ruinas. Una exploración completa y metódica del subsuelo aclararía esto y otras muchas cosas que hoy no podemos mas que presumir.

Al período neolítico podemos asimilar una vasija de forma de cazuela y manufactura muy tosca: tiene un diámetro de 12 centímetros en la parte superior; es de barro pardo-rojizo en las su-

perficies y más obscuro en el interior, lo que prueba una cocción muy imperfecta. Se encuentran muchos fragmentos de cerámica de este tipo y otros de coloración pardo-negruzca fabricados con arena muy gruesa que pudieran pasar por neolíticos, pero que indudablemente son manifestaciones de un arte burdo de época posterior. Pero el hallazgo de un hacha de piedra pulimentada demuestra que existió una civilización en aquellos tiempos.

De neolítico puede también clasificarse el objeto fotografiado en la parte alta de la figura 3.ª; se diferencia de los otros dos de

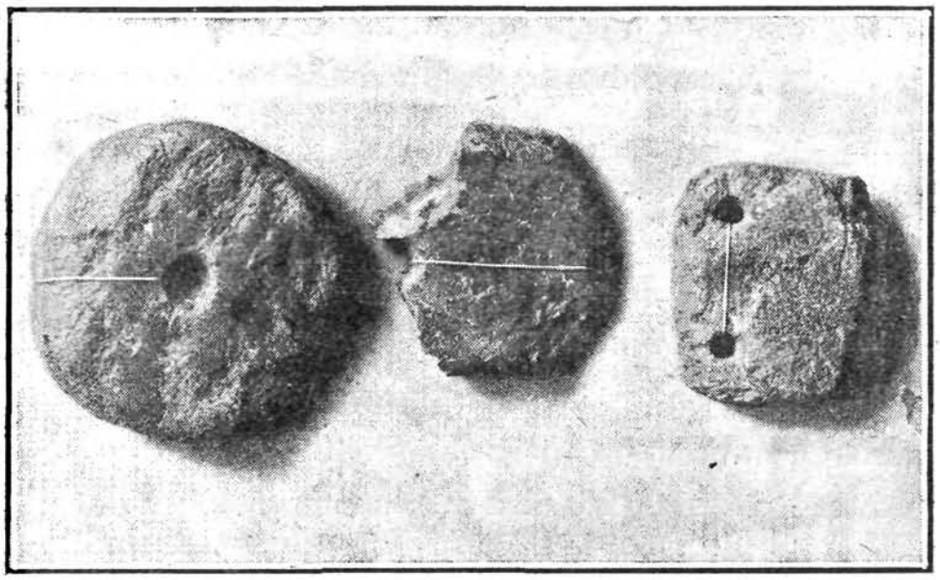

Fig. 3.ª

la misma figura en que el orificio está practicado con un instrumento muy poco afilado. Los tres están fabricados en pizarra gris: el primero mide 9 centímetros de diámetro y dos de grueso en el eje; su forma es la de un elipsoide de revolución muy achatado; debió usarse con un mango, constituyendo un arma parecida á la porra (1), que aun es frecuente en la gente de campo. Análoga aplicación tendría el representado en la parte central, aunque por tener al agujero cilíndrico lo creemos posterior. Estos discos se emplean todavía como objetos de culto entre

(1) DÉCHELETTE: *Manuel*, tomo 1.

algunas tribus de África y no falta quien opina tuvieron la misma significación en los tiempos prehistóricos (1). La placa de la parte inferior de la figura, en la que se observan dos de los cuatro orificios que tendría cuando estuviera completa, es un brazal de arquero, característico del período eneolítico, aunque la perfección con que están hechos los taladros nos ofrece alguna duda respecto a su antigüedad.

Los objetos metálicos que hemos podido recoger son: una lezna y un formón de hierro, los dos de igual longitud, 78 milímetros: fragmentos de clavos y remaches del mismo material, dos fíbulas incompletas, una de bronce (la más pequeña) y otra de cobre, y una plaquita cuadrada de un centímetro de lado, también de bronce moldeado, ornamentada con una estrella que tiene un apéndice rectangular de 17 milímetros de longitud, terminado en un ensanchamiento donde se ve un aspa incisa; de la cara opuesta á la estrella sale, formando cuerpo con la placa, un clavo muy corto, con la cabeza remachada; esta pieza debió de formar parte de algún objeto de adorno.

La fíbula de bronce es de arco naviforme, con apéndice caudal levantado, adornado con varias molduras cilíndricas, y termina en un disco un poco cóncavo, como si hubiera tenido un esmalte; faltan la aguja y el muelle, y el porta-aguja es relativamente corto. Esta fíbula, muy parecida á otras encontradas en Portugal, puede clasificarse como de La Tène I.

La segunda fíbula que como ya hemos dicho es de cobre, pertenece al tipo de anillo, característico del arte ibérico; está, como la anterior, incompleta, pues falta el muelle, la aguja y el porta-aguja. Aunque fíbulas de este tipo hispánico ha encontrado el Marqués de Cerralbo en sepulturas hallstatianas, por comparación con otras encontradas en Cabrera de Mataró, podemos suponerla de siglo III antes de J. C. A este mismo siglo debe pertenecer la anteriormente descrita, pues aunque el período de La Tène I comprende los V y IV, la cronología ibérica

(1) *Diccionario Espasa*, artículo *África*.

va algo retrasada de la celto gala, que es á la que se refiere principalmente la de Déchelette.

El material de los objetos de hierro es de tal dureza que apenas le entra la lima, lo que es una comprobación del progreso de la metalurgia en la civilización prerromana de nuestra Península, hecho ya comprobado en otros hallazgos congéneres.

La cerámica ibérica es abundantísima, pero, desgraciadamente, no ha llegado á nosotros ninguna vasija completa ó que pudiera ser reconstruída. Los fragmentos que hemos recogido denotan un material excelente, una construcción esmerada, en la que se ha empleado el torno y una gran variedad de tipos. Por lo que se refiere á la coloración, puede clasificarse la cerámica en dos categorías: la gris y la roja; pero lo mismo en una que en otra hay tonalidades muy diversas; también se presenta el color negro, dado por medio de un barniz sobre el barro rojo.

En general, esta cerámica es lisa, pero también se encuentran algunos ejemplares adornados con ornamentación geométrica incisa, ya siguiendo líneas rectas, ya curvas repetidas en forma de festón.

En un curioso ejemplar se ven cinco alveolos practicados con un instrumento de punta semiesférica, y tan desordenadamente dispuestos en forma de cruz, que contrasta este descuido con la finura de la pasta y la esmerada confección del vaso, que sería seguramente un bonito ejemplar cuando estuviera completo.

La ornamentación pintada hace su acto de presencia en un pequeño fragmento donde sólo puede apreciarse una línea ondulada de color rojo que apenas se destaca del fondo, un poco más claro; es el estilo de la cerámica numantina, pero de manufactura algo menos cuidada.

Toda esta cerámica, como los objetos que vamos á enumerar á continuación, pertenecen á una fase avanzada de la segunda edad del hierro.

El amuleto de barro grisáceo, representado en dos proyecciones en la figura 4.ª, tiene grabada una cruz swastica, signo que, aunque sea originario de Grecia, según opinión de los más autorizados arqueólogos, se repite de una manera frecuentísima en

los países de Occidente. Aparece en las citanias de Portugal y Extremadura, que tienen una íntima relación con nuestro caso. El diámetro de este amuleto es de 25 milímetros. Pudo servir también, y de ello hay precedentes, como matriz para ornamentar objetos de cerámica, aun sin perder su carácter profiláctico.

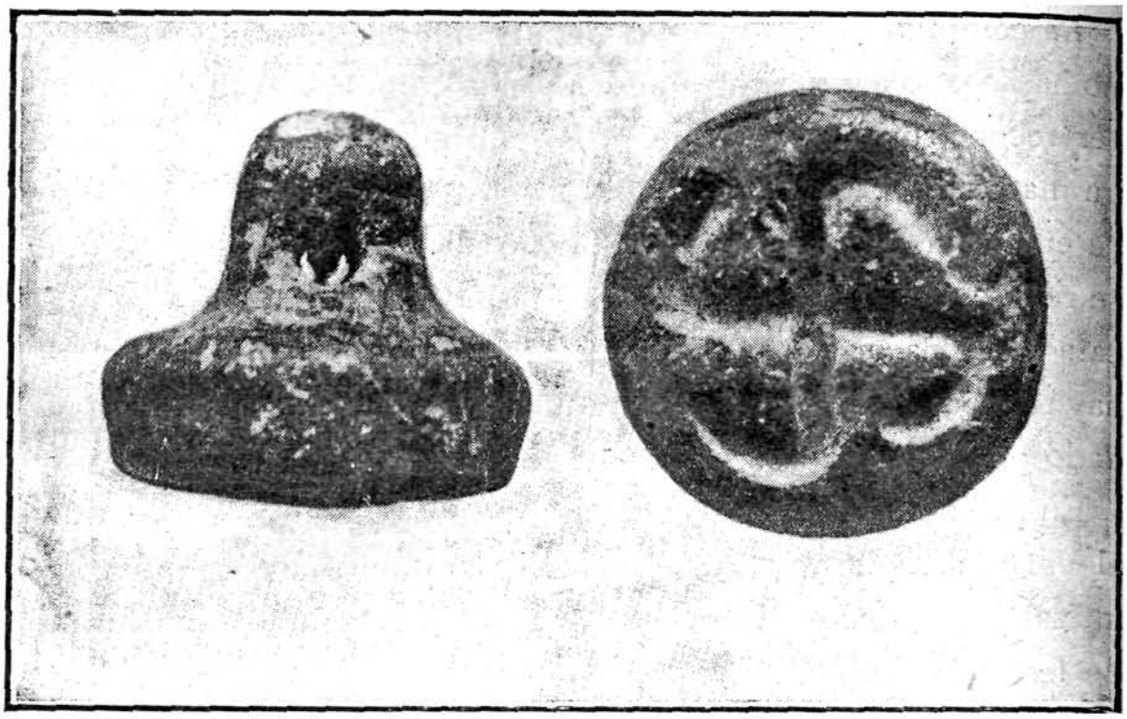

Fig. 4.ª

Relativamente numerosa es la colección de fusayolas de barro que hemos recogido; las hay de diferentes dimensiones, formas y colores, y hasta dos ejemplares ornamentados, uno con círculos y líneas punteadas, y otro con una cruz, combinada también con círculos.

El diámetro de estas fusayolas oscila entre 45 y 22 milímetros.

Las esferillas de barro y las representaciones solares.—No podían faltar las consabidas esferillas, que salen con tanta frecuencia en los restos de poblaciones ibéricas; fabricadas con el mismo material que las fusayolas, son ya lisas, ya ornamentadas con pequeños agujeros, distinguiéndose en estas últimas tres tipos diferentes: en el primero, los agujeros son poco profundos, constituyendo círculos con el centro marcado en relieve, recordando

el adorno, tan conocido, de los círculos concéntricos reducidos á su más mínima expresión. El segundo tipo tiene los agujeros más reducidos en extensión, pero profundizan bastante en la masa. En el tercero están distribuídos en líneas que siguen círculos máximos y el ecuador de la esfera. En los dos primeros grupos los agujeros están distribuídos á granel en toda la superficie.

El ejemplar de más tamaño, que es hueco, tiene un diámetro de 42 milímetros, pero esta dimensión es excepcional: lo corriente es 25 milímetros; las más pequeñas sólo alcanzan 16 ó 17.

¿Qué uso se le destinaba á estas esferillas? El señor Marqués de Cerralbo, en su notabilísimo estudio *Las Necrópolis ibéricas*, las supone una reminiscencia del escarabajo egipcio y representativas, como la fusayola globular, de la vuelta á la vida. Para nosotros está muy claro que son representaciones del globo solar, como lo fué también el escarabajo en Egipto, además de simbolizar la renovación constante de la vida. El precedente lo encontramos acudiendo de nuevo á la notable obra de Déchelette, donde, al hablar del arte en la primera edad del hierro, están los siguientes párrafos que transcribimos:

«Al lado de la antigua representación del sol-rueda aparecen, desde la época de Hallstatt, las primeras del sol-globo, transformación debida al progreso de los conocimientos astronómicos en los países del Sur.

»Tal es, al menos, la interpretación que proponemos para una serie de pequeñas joyas importadas de Etruria al territorio suizo en el siglo VI, antes de J. C. Aunque muy poco conocidas, presentan, sin embargo, un gran interés desde el punto de vista iconográfico...»

Se refiere Déchelette á unos globitos de oro afiligranados, cuyo parentesco inmediato con las esferillas ibéricas salta á la vista; la ornamentación de aquéllos, que sigue también los meridianos y el ecuador de la esfera, formada con menudos glóbulos, tiene mucha semejanza con las líneas punteadas de las bolitas del tercer tipo antes descrito.

Las del segundo grupo tal vez se completarían con una repre-

sentación material de los rayos solares introduciendo en los agujeros palillos de madera, á modo de erizo, y un ejemplar de los del mayor tamaño, hace pensar en una representación de la bóveda celeste tachonada de estrellas.

El disco solar va, como se sabe, frecuentemente asociado á la barca ó al carro, recordando el viaje mítico del astro durante la noche; la materialización de este conjunto nos parece encontrarla en unas cazoletas de barro encontradas en el recinto objeto de este estudio, que parecen, por su tamaño, destinadas á recibir las esferillas, y aun pudiera pensarse, entrando algo en el terreno de la fantasía, que la cazoleta fuera montada sobre el carro celeste.

Representaciones solares son también la swastica del amuleto, la cruz de una de las fusayolas ornamentadas que antes mencionamos, la estrella del objeto de bronce y las fusayolas de forma troncocónica, de las que hay un ejemplar en nuestra colección. Esto demuestra la importancia que se le dió al culto astral (1), habiendo perdurado hasta después de la conquista romana, como lo prueban las estelas funerarias, que en gran número ha suministrado la estación de Yecla, y que no describimos en detalle por haber ya sido dadas á conocer por el Sr. Gómez Moreno. Estas estelas, aunque con inscripciones latinas, son de tipo genuinamente ibérico, y llevan, salvo pocas excepciones, en la parte alta un sol figurado por una estrella derivada de la swastica, de brazos curvos, y debajo una «línea horizontal, vuelta en ángulos rectos hacia arriba por sus extremidades» (2).

Este último dibujo, que á veces se desdobla en dos escuadras, nos lo explicamos como representación también de la barca solar ó como degeneración de los cuernos sagrados, símbolo de la luna; en uno ú otro caso, siempre es un signo astral solidario de la estrella.

---

(1) De la misma opinión es nuestro eminente Cerralbo, quien desarrolla con gran amplitud y erudición este tema en sus *Necrópolis ibéricas*, donde atribuye, con sólido fundamento, representación solar á la fusayola troncocónica.

(2) Gómez Moreno: artículo citado.

Además de los objetos de que hemos hecho mérito, han salido entre los escombros de la ciudad ibérica piedras de molino de mano, proyectiles de honda, pizarras planas para afilar instrumentos metálicos, pesas de barro, cuernos de ciervo, colmillos de jabalí, numerosos huesecillos de animales y un fragmento de una cuchara de hueso. También se encuentran cantos rodados esféricos de pequeño tamaño, que probablemente tendrían el mismo uso profiláctico que las esferillas de barro.

* * *

Del examen que antecede se deduce un hecho que tiene algún carácter de generalidad en nuestra Península, y es la ausencia de restos de civilización de un período de muchos siglos. Concretándonos á nuestro caso, vemos que después de las manifestaciones del neolítico y de los comienzos de la edad del bronce, saltamos bruscamente á la época de La Tène. Lo más probable es que este hiatus no sea mas que aparente (1), y en futuras investigaciones se pueda establecer la continuidad hoy interrumpida. Por eso sería muy de desear que se realizaran excavaciones dentro del recinto y se buscaran y exploraran las sepulturas que indudablemente existirán en la región. Que estas investigaciones habrían de tener éxito no cabe dudarlo, pues lo que hemos expuesto demuestra lo mucho que darían á luz las cenizas del Lugar Viejo si se removieran metódicamente.

Otra circunstancia que conviene hacer notar es la coincidencia del arte ligur con el nuestro en la primera edad de los metales, como observamos al tratar de la muralla y los caballitos de la *peña de los siete Infantes de Lara;* ello está de acuerdo con la moderna hipótesis de Schulten (2) sobre los primeros pobladores de la Península, que supone fueron los ligures, raza que, según

(1) Tenemos noticia de que en la misma provincia de Salamanca, cerca de Béjar, se ha encontrado un hacha de talón correspondiente al III período de la edad del bronce.

(2) En esta parte hemos consultado, con gran fruto, la excelente *Historia de España* del Sr. Ballesteros.

Jullián, construyó los dólmenes, tan abundantes en las provincias occidentales de España y Portugal. Siguiendo la teoría del profesor alemán, los iberos no llegaron á la meseta central hasta el siglo III (antes de J. C.), habiendo sido expulsados de la Galia hacia el año 400 (antes de J. C.), lo que explica la aparición de objetos en La Tène I (siglos V y IV), con el consiguiente retraso.

Pero antes había ocurrido la invasión céltica, procedente también de Francia, y como estos celtas pasaron los Pirineos hacia el año 600, traían la civilización de Hallstatt, de la que no hemos encontrado ningún vestigio. Ahora bien, los celtas siguieron el valle del Duero hasta la costa, y en Portugal se han descubierto restos de la primera edad del hierro; luego forzosamente tiene que haberlos en la región fronteriza objeto de nuestro estudio, y se encontrarán seguramente, como Siret y el Marqués de Cerralbo los han encontrado en la zona sur y central de la Península, si hay quien se interese en buscarlos.

Resumiendo lo anteriormente expuesto, podemos decir que, en nuestro concepto, el Lugar Viejo de Yecla fué ocupado primeramente, en tiempos remotos, por la raza de los ligures; esta ocupación debió durar muchos siglos, y de ella nos dan testimonio la muralla, el grabado rupestre de los caballitos, que suponemos colocado entre el I y II períodos de la edad del bronce, por el año 1900 (antes de J. C.), y los pocos objetos neolíticos y eneolíticos enumerados á su tiempo; por deducción, sospechamos la existencia de una civilización hallstatiana céltica en los siglos V y IV, durante los cuales debió pertenecer la ciudad á la tribu de los *saefes*. Por último, en el siglo III aparece perfectamente definida la denominación ibérica, con su arte propio, formado á merced de las influencias oriental y de La Tène I, que perduró aun después de la conquista romana, hasta que dejó de habitarse la ciudad, en una época que desconocemos. El pueblo ibero, que ocupaba la región á la venida de los romanos era el de los *vettones*, que, como es sabido, comprendía las provincias extremeñas y la de Salamanca.

No podemos terminar estas líneas sin mostrar nuestro más sincero reconocimiento hacia los Sres. Aparicio, Morán y La-

fuente. El primero, cultísimo párroco de Yecla de Yeltes, ha cooperado de una manera entusiasta en nuestras exploraciones, y los segundos, ventajosamente conocidos por sus publicaciones sobre asuntos históricos y arqueológicos, nos han facilitado nuestro estudio con sus valiosas indicaciones.

Marzo de 1919.

José Luis Martín Jiménez.

II

MONUMENTOS ROMANOS DE LA ANTIGUA AUGUSTÓBRIGA, HOY TALAVERA LA VIEJA, EN LA PROVINCIA DE CÁCERES

No hace mucho tiempo recibió la Academia una comunicación suscrita por D. Antonio Núñez (persona que llevada de sus aficiones á cosas de Historia y Arqueología comunicó algunas referencias y datos útiles á nuestro inolvidable P. Fita), denunciando, según informes que le había dado D. Alfonso Higuero, vecino de Trujillo, el peligro que á causa de la proximidad del río Tajo pudiera amenazar á la estabilidad de un monumento romano, de un templo, dice, que sobre la orilla izquierda se alza, en la villa de Talavera la Vieja, en la provincia de Cáceres; y debe recordar el que suscribe que cuando se dió cuenta de esa comunicación en Junta de Academia, tuvo la honra de manifestar en ella que había visto, hacía poco tiempo, el monumento de que se trata y otros que conserva aquella población, escondida y olvidada hoy, la cual fué en lo antiguo la ciudad de Augustóbriga, en la Lusitania, y que no advirtió corriese peligro el edificio de referencia, lo que sólo podría aclararse haciéndole objeto de un reconocimiento por personas técnicas, á consecuencia de lo cual la Academia acordó pedir informes á la Comisión de Monumentos de Cáceres. Contestó ésta, en efecto, en oficio de 2 de Octubre de 1916, diciendo que, según carta de D. Andrés Arroyo, Farmacéutico de aquel pueblo, comisionado por el Ayuntamien-